

EL PRINCIPE SIN MIEDO



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA

Nº 49

El príncipe

sin miedo

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

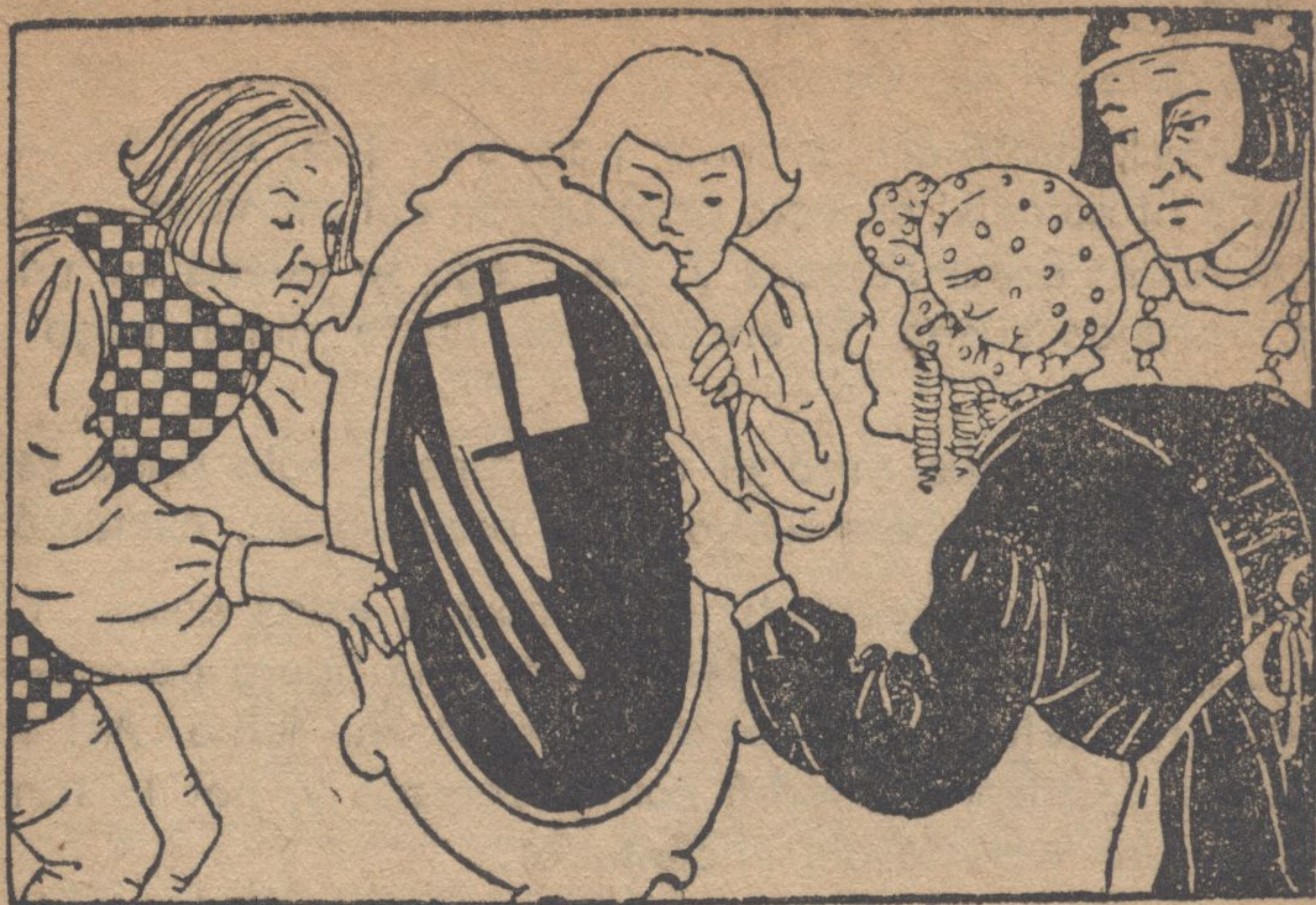
118X162
PRINTED IN ARGENTINA



EL PRINCIPE SIN MIEDO

Hubo una vez una princesita, llamada Marisol. Era la delicia del rey y de la reina, que la querían mucho y la cuidaban en extremo, principalmente porque su reino era fronterizo de la Tierra Triste, perteneciente al encantador del mismo nombre. Allí abundaban las brujas, los gigantes y los magos, y el rey siempre temía que alguno de ellos secuestrara a su linda hija.

Un día Marisol jugaba en los jardines del palacio y el encantador Triste se acercó a la verja. Oyó reír a la niña y se asomó para averiguar quién era. Y, al verla tan bonita, decidió hacerla su esposa cuando fuera mayor. Fué a ver al rey para pedir la mano de la princesa, pero el monarca se irritó sobremanera y expulsó al en-



LOS CRIADOS MOSTRARON EL ESPEJO A LA VIEJA

cantador, jurándole que nunca consentiría en tal cosa.

Una vieja criada del palacio que, desde lejos, fué testigo de la escena, se atrevió a presentarse al rey para decirle que con su respuesta había ofendido al encantador y que, por lo tanto, el soberano había de tener mucho cuidado, pues, quizá, cuando menos lo esperase, se vería privado de su hija.

—¿Crees—preguntó el rey—que el encantador se atreverá a tanto? A fe mía que le costaría caro.

—No lo hará por la fuerza, sino valiéndose de la magia. Y ahora, rey, dadme ese espejo, pues en él podré ver lo que os guarda el porvenir.

Los criados del rey descolgaron el espejo y se lo lleva-

ron a la anciana. Ésta contempló la tersa superficie, murmurando extrañas palabras y, al fin, exclamó:

—¡Ay!, veo muchas penas para vos, ¡oh, rey! Veo—añadió al notar el aspecto preocupado del monarca—que la princesa come cerezas y que luego se queda sumida en profundo sueño. El encantador Triste viene luego y se la lleva.

Por mucho que miró el rey al espejo, sólo pudo ver su pálido rostro, pero luego, muy preocupado, exclamó:

—Es imposible permitir que ocurran estas cosas. Ya sé lo que haré—añadió, después de una ligera pausa.—Ordenaré cortar todos los cerezos de mi reino. Así la princesa Marisol no podrá comer cerezas y, por lo tanto, no será víctima del encantador.

Promulgóse esta orden y todos los que poseían uno o más cerezos viéronse obligados a cortarlos. Pocos días después salió el rey para convencerse de que se había cumplido su mandato y como no viera ningún cerezo en pie, volvió muy satisfecho a palacio.

—Ahora mi hija ya está segura—pensó con el corazón alegre;—puesto que no se cultivan las cerezas, no podrá comerlas.

La princesita se convirtió, tras de algunos años, en una joven encantadora y tan buena como hermosa, de modo que todos la adoraban. Y cuando cumplió los quince años, su padre le regaló un caballo gris, con el cual salía a pasear todos los días.

En cierta ocasión, Marisol tuvo el capricho de alejarse de su cortejo. El caballo era joven y vigoroso, y fácilmente aventajó a los demás, con gran contentamiento de la princesa.

Pronto la joven y el bruto llegaron a un bosque muy

sombrío, de modo que la princesa no quiso penetrar en él. Pero, como tenía sed, resolvió pedir de beber en la primera casa que encontrara y regresar luego al lado de sus acompañantes. No tardó en descubrir una casita, en los vidrios de cuyas ventanas daba el sol de lleno, haciéndolos resplandecer como si fuesen de oro. En el jardín crecía un árbol solitario y tan raro, que la princesita no había visto otro igual. Observó que estaba lleno de un fruto rojo, diminuto y, por su forma, parecido a unas manzanas muy pequeñas, y, dirigiéndose a la puerta, llamó para pedir algo con que calmar su sed.

Salió a abrir un enano muy feo, y al enterarse del deseo de la jovencita, le ofreció unas cerezas, asegurándole que eran muy dulces y jugosas, y que con ellas calmaría mucho mejor la sed.

Aceptó la niña, ignorante del peligro que eso entrañaba para ella, y el enano tomó un cesto de cerezas, que puso luego en un plato azul y ante la princesa. Ella se llevó los frutos a la boca y quedó deleitada al notar su sabor dulce y agradable, de modo que se comió todas las cerezas, en tanto que el enano la observaba con la mayor curiosidad.

—¡Oh, qué sueño tengo!—exclamó la niña en cuanto hubo terminado.

Dicho esto, apoyó los brazos en la mesa y sobre ellos la cabeza, y se quedó dormida. Apenas hubo cerrado los ojos, el enano dió siete palmadas y, pocos instantes después, se acercó rápidamente un individuo alto y de aspecto severo, que no era otro que el encantador Triste.

—¿Para qué llamas?—preguntó enojado.

—Mirad—contestó el enano, señalando a la princesa.

—¿No es Marisol, a quien deseáis por esposa?



—SÍ, ES MARISOL—EXCLAMÓ EL ENCANTADOR

El encantador se quedó sorprendido y luego, ladeando un poco el rostro de la joven, dijo:

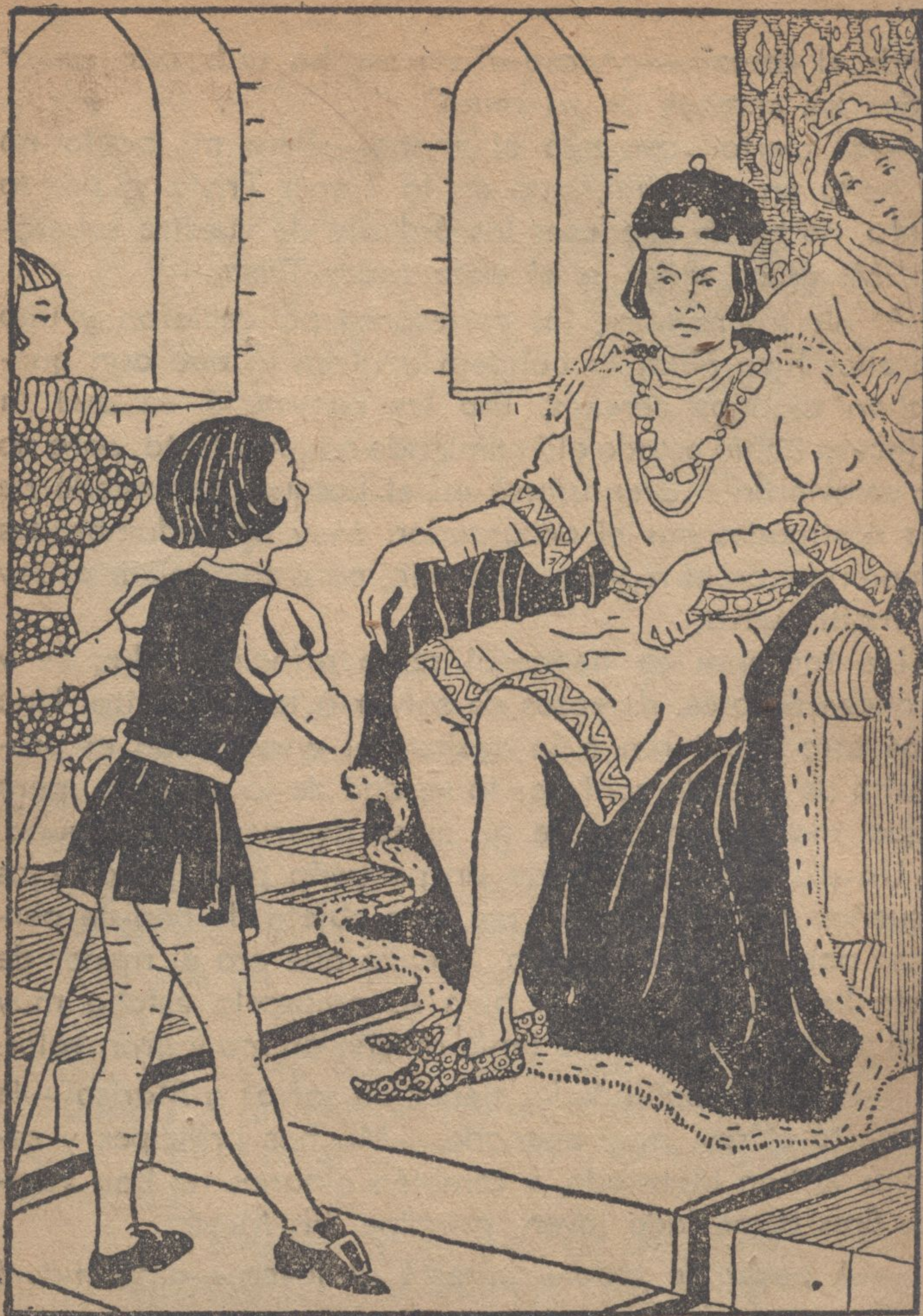
—En efecto, es Marisol. ¿Se ha comido las cerezas, enano?

—Sí, amo—contestó el dueño de la casita.—Y ahora lleváosla antes de que vengan los individuos de su séquito.

El encantador tomó a la princesa en sus brazos y, antes de marcharse, recomendó al enano que a todas las preguntas que se le hiciesen respondiera que no sabía nada.

Apenas se hubo alejado el encantador, cuando llegaron los cortesanos en busca de Marisol. Echaron pie a tierra e interrogaron al enano para averiguar si la princesa había pasado por allí. El interpelado contestó negativamente.

—Mirad—exclamó, de pronto, un cortesano, seña-



—MAJESTAD—DIJO EL PRÍNCIPE,—PERMITIDME
QUE VAYA A RESCATAR A VUESTRA HIJA

lando el cerezo.—¿Acaso el rey no ha ordenado cortar todos los cerezos de su reino?

—Es cierto—contestó el enano.—Pero mi casita no se halla en su reino, sino en la Tierra Triste y, por lo tanto, no he de obedecer las órdenes de vuestro soberano. Mi único señor es el encantador Triste.

Al oír tal nombre, los cortesanos palidieron y uno de ellos hizo notar la bandeja azul en la que aun quedaban algunas cerezas. Eso les convenció de que la princesa había estado allí comiendo aquella fruta, pero no se atrevieron a aventurarse en el bosque, por miedo de ser castigados por el encantador. Muy apesadumbrados emprendieron el regreso a palacio, para comunicar al rey la mala nueva.

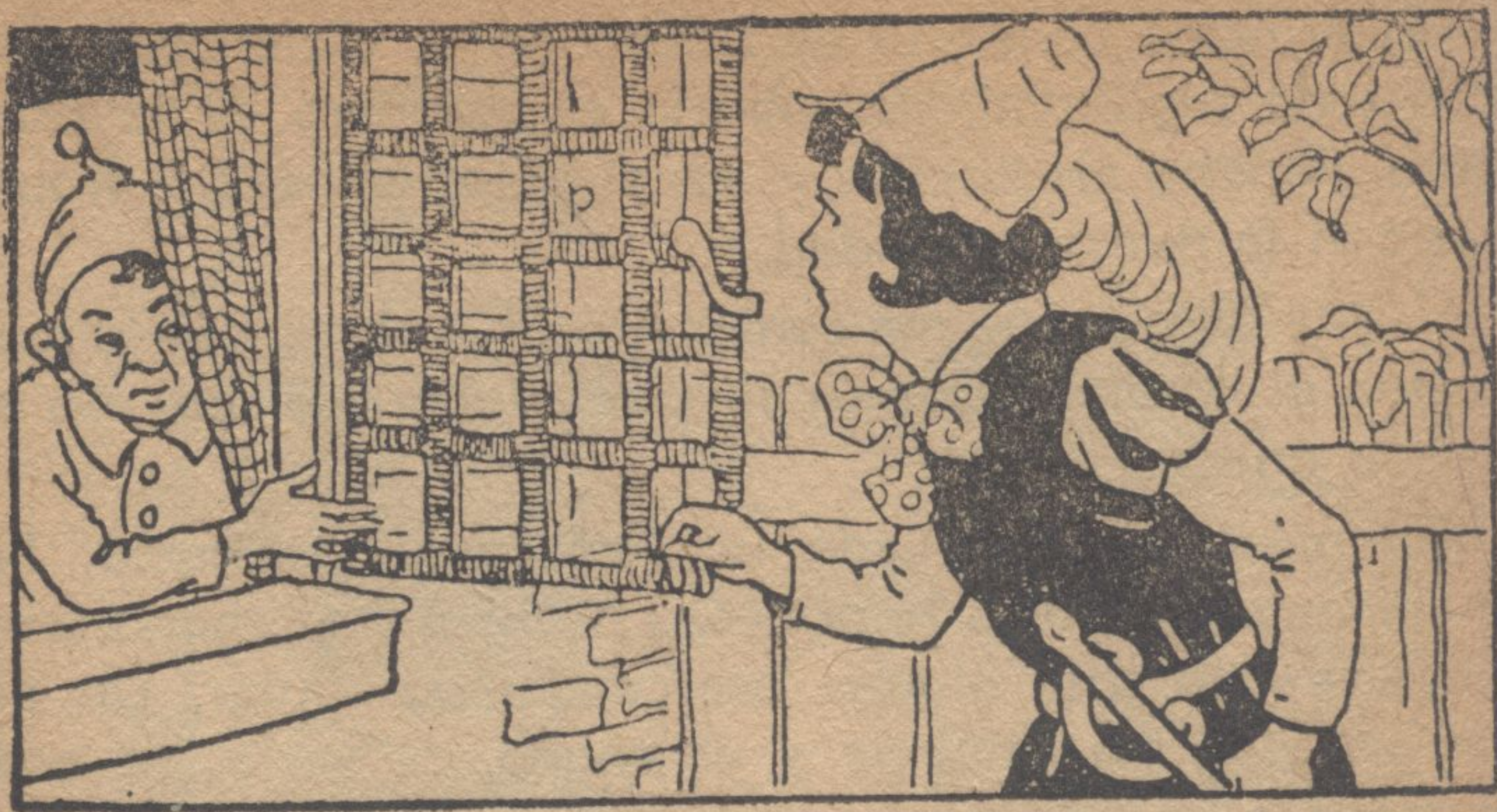
No tardaron en llegar al reino príncipes, duques y grandes señores, deseosos de salvar a la princesita. Uno tras otro acudieron a la casita del enano, con el propósito de hacerle confesar la verdad de lo ocurrido, pero aquel malvado personaje no quiso decirles cosa alguna.

Un día llegó a la corte un pequeño príncipe de ojos risueños y solicitó ver al rey, con objeto de pedirle permiso para salvar a su hija. Añadió que era el menor de siete hermanos y que si bien su escarcela estaba muy mal provista, en cambio tenía mucho ánimo y gran valor.

—Pocas probabilidades tienes de salvar a Marisol—le contestó el rey, muy apenado.—Muchos príncipes y señores lo han intentado, y también algunos no han vuelto. Eres demasiado joven, príncipe Sin Miedo.

—A pesar de todo—contestó el joven,—emprenderé mañana mi viaje.

—Si salvas a mi hija—le dijo el rey—te concederé su mano y la mitad de mi reino. Pero temo que no regreses nunca más.



EL PRÍNCIPE SIN MIEDO SE ACERCÓ A LA VENTANA

El príncipe Sin Miedo se despidió del rey y, muy alegre, se alejó silbando. Por su traje nadie adivinara su condición de príncipe. Pero a él poco le importaba su aspecto.

—Ante todo iré a la casita del enano—pensó.—No le diré que soy príncipe, porque entonces no me daría ninguna noticia, temeroso de que quisiera salvar a Mari-sol. Fingiré ser un pobre muchacho.

Al llegar a la casita, miró a su alrededor. No vió a nadie, pero notó que se levantaba la cortina de una ventana y se asomaba el feo rostro de un enano para mirarlo. El príncipe se acercó a la puerta y el enano abrió diciéndole:

—Estoy enfermo. Y necesito un criado hasta que me haya repuesto. De momento creí que serías un príncipe de los muchos que vienen, deseosos de salvar a la princesa. Mas ya veo que eres un muchacho sin trabajo. ¿Quieres ser mi criado?

El príncipe consintió de buena gana, diciéndose que, con toda seguridad, descubriría el paradero de la princesa. Penetró en la casa y, en el acto, empezó a trabajar con la mayor actividad.

—Me parece que me convendrán tus servicios—dijo el enano al observar lo muy limpio y laborioso que era su nuevo criado.

El príncipe Sin Miedo resolvió tener paciencia. No mencionó siquiera a la princesa Marisol y el enano tampoco le dijo cosa alguna acerca del particular. Un día se presentó un príncipe y el enano, al verlo, se echó a reír.

—Otro idiota que quiere salvar a la princesa—dijo en tono burlón.

—¿Acaso el encantador no capturó a la princesa?—preguntó Sin Miedo, fingiendo alguna sorpresa.

—¡Oh, sí!—contestó el enano. E inmediatamente le refirió la historia de lo ocurrido.—Pero nadie sabe dónde vive el encantador, de modo que no podrán rescatar a Marisol. Y, aunque lo supiesen, tampoco lograrían cosa alguna. Para ello necesitarían una capa mágica, como la del encantador, para hacerse invisibles, unas botas encantadas, para recorrer la enorme distancia que hay hasta el castillo, y una espada mágica que les permitiera luchar con él. El encantador tiene las tres cosas y, según creo, son únicas en el mundo.

El príncipe Sin Miedo dió un suspiro, diciéndose que quizá no podría tener más éxito que los demás príncipes.

Cierto día el enano se volvió a él y le dijo que aquella noche no debía dormir en la casa, porque esperaba la visita del encantador Triste, y le advirtió que no lo vería, porque éste llevaría su capa mágica. Y acabó recomen-



EL ENANO LE ENCARGÓ QUE SE OCULTARA EN EL COBERTIZO

dándole que se fuese a pasar la noche a un cobertizo exterior, sin hacer ruido alguno.

El príncipe Sin Miedo tuvo entonces una buena idea. Díjose que quizá pudiese seguir al encantador hasta su morada y que entonces tal vez se le presentaría la ocasión de salvar a la princesa.

Luego preguntó qué aspecto tenía aquella capa encantada, y el enano le contestó que se parecía extremadamente a la suya propia y que también el calzado mágico que llevaba su señor, era exactamente igual que las botas que usaba para hacer excursiones.

Sin Miedo formó entonces un plan. Acabó en seguida su trabajo, pero antes de salir de la casa, amontonó gran cantidad de leña en la chimenea para que el fuego

fuese muy vivo. Luego, aprovechando la ausencia del enano, quitó la capa que estaba colgada de la pared y se apoderó del par de botas que utilizaba en sus excursiones, y con ambas cosas fué a ocultarse en el cobertizo.

Poco después oyó ruido de voces y comprendió que el encantador y el enano estaban en la cocina. El primero empezó a resoplar y luego preguntó la causa de que en el hogar hubiese un fuego tan grande. Y, agobiado de calor, se quitó la capa y aun anunció su intención de descalzarse, porque tenía los pies hinchados.

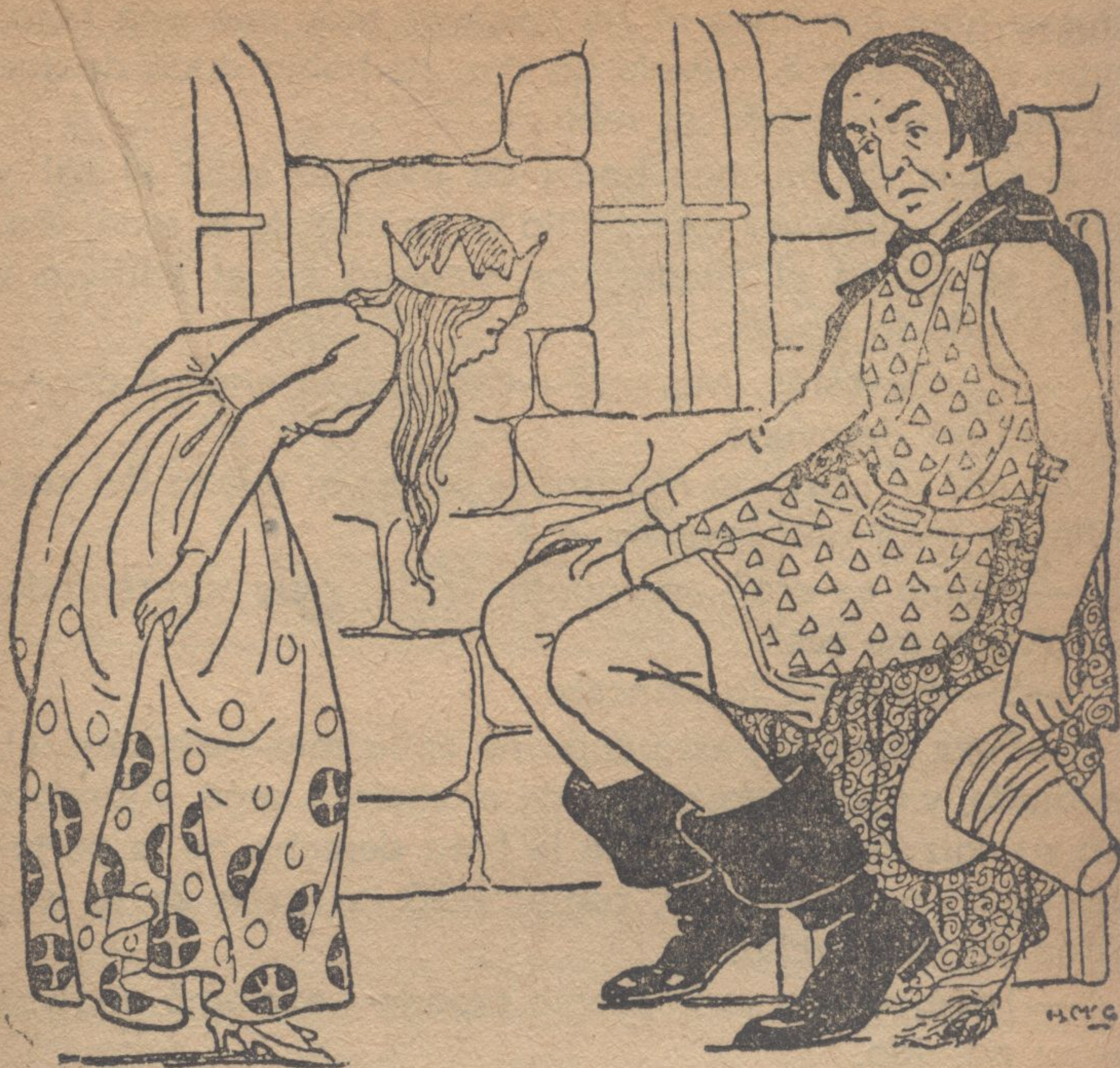
Sin Miedo observaba aquella escena por un agujerito, y en cuanto el encantador se hubo puesto a sus anchas, el príncipe se alegró en gran manera, comprendiendo que su plan se desarrollaba de acuerdo con sus deseos. Había puesto muy poco aceite en la lámpara y sabía que no tardaría en apagarse.

Así ocurrió, en efecto, de modo que la cocina solo quedó alumbrada por las llamas del hogar, ya muy débiles, pues se había consumido la mayor parte de la leña.

El enano acudió al armario para tomar aceite, pero, mientras tanto, el príncipe penetró en la cocina y, sin hacer el menor ruido, cambió la capa del encantador por la del enano, la espada por la suya propia, y solamente una de sus botas mágicas. Hecho esto se escondió otra vez.

Poco después el encantador se puso en pie para marcharse. Se calzó, se puso la capa y salió. El príncipe Sin Miedo, envuelto en la capa mágica y llevando en el pie derecho la bota encantada, echó a andar tras él.

El encantador no comprendía la lentitud de su marcha. Como sólo llevaba una bota mágica, iba más despacio que otras veces, aunque él ignoraba aquel deta-



LA PRINCESA MARISOL HIZO UNA REVERENCIA AL ENCANTADOR

Ile. También se figuró ser invisible, cubierto, como iba, por la capa que él creía encantada.

Y no pudo ver a Sin Miedo, que, gracias a aquella prenda maravillosa, resultaba invisible. El encantador oyó algún ruido, pero como no viera a nadie, se figuró haber tenido una ilusión.

Ambos continuaron avanzando. El encantador se extrañaba de su lentitud y Sin Miedo se alegraba de la

buena idea que tuvo al no cambiar más que una bota, pues si le hubiese quitado las dos, no había duda de que el mago descubriera el robo.

Después de muchas horas de marcha salió el sol y Sin Miedo pudo ver un castillo en lo alto de la montaña. Allá se dirigió el encantador, penetró en el edificio y Sin Miedo lo siguió.

—¿Dónde estás, Marisol?—exclamó el encantador.—Quiero mi desayuno.

Acudió la princesa Marisol, y al ver al dueño del castillo, le hizo una reverencia.

—¿Cómo es eso?—preguntó Triste, muy sorprendido.—¿Acaso me ves?

—Sí—contestó la princesa.

—Pues si es así, esta capa no es la mía—exclamó él, enojado, y arrojando la prenda al suelo. Luego, fijándose en su calzado, advirtió que la bota derecha no le pertenecía. Y, naturalmente, comprendió la razón de la lentitud de su marcha.

—Tampoco llevas tu propia espada—exclamó una voz a su espalda.

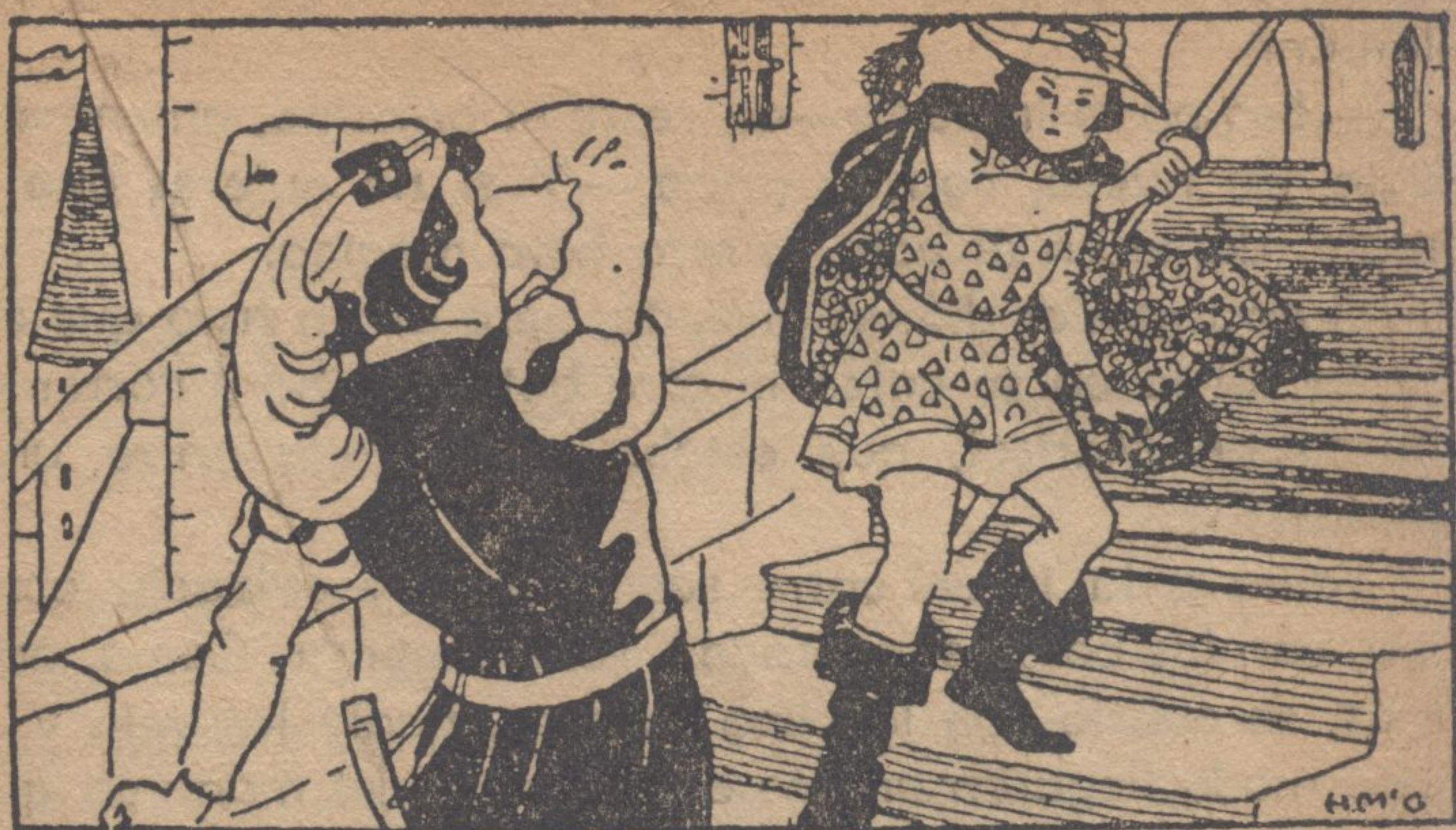
—¿Quién eres?—preguntó Triste mirando a su alrededor, aunque sin ver a nadie.

—El príncipe Sin Miedo, que ha venido a rescatar a la princesa Marisol—contestó el joven, desenvainando la espada mágica.

El encantador se arrojó entonces contra la princesa y la sujetó, exclamando:

—Si te acercas o me tocas con esa espada, convierto a la princesa en cucaracha.

Sin Miedo se quedó indeciso, pero luego acudió al lado de la joven y la cubrió con la capa mágica, gracias a lo cual la hizo invisible. Hecho esto, se dirigió



EL PRÍNCIPE SIN MIEDO DESENVAINÓ LA ESPADA Y ATACÓ A SU CONTRARIO

con la princesa hacia la puerta, buscando la salida del castillo. El encantador les persiguió, orientándose por el ruido de sus pasos. De pronto, Sin Miedo tropezó y cayó. La princesa continuó bajando, pero él, en cambio, quedó tendido en el suelo.

—¡Ah, ya te veo!—exclamó el encantador.—Ahora verás.

Sin Miedo ya no era invisible, porque la princesa se había llevado la capa, pero desenvainó la espada y empezó a luchar contra su enemigo. El joven la esgrimía muy bien y al poco rato consiguió herir al encantador en el brazo.

El resultado fué asombroso, porque el mago empezó a disminuir de tamaño.

—Te has apoderado de mi espada—exclamó rabioso, —que tiene el poder de hacer disminuir de estatura a

los que hiere. ¿Cómo te has apoderado de mis cosas, ladrón?

—Eso no te importa—contestó el príncipe, amenazándolo, de nuevo, con su arma.—Y si no quieres que te mate, dame en el acto la otra bota mágica.

El encantador dió un gruñido, pero al fin tuvo que acceder. El joven se calzó la otra bota y echó a correr en busca de Marisol, que estaba acurrucada entre unas matas.

Tomó a la joven entre sus brazos, y calzado, como iba, con las botas encantadas, echó a correr. Como, además, se cubría con la capa mágica, nadie los veía y de este modo llegaron ambos a presencia del monarca que, llorando de alegría, abrazó de nuevo a su hija.

—Te daré la mitad de mi reino—exclamó volviéndose al príncipe Sin Miedo.

—Y me casaré con él—exclamó la princesa,—porque es el príncipe más valiente de cuantos he conocido.

Llegó el día de la boda y precisamente cuando Sin Miedo y Mirasol salían de la iglesia, el enano, que pasaba por allí, vió, muy asombrado, que el príncipe era su antiguo criado. Sin Miedo lo reconoció a su vez y, llamándolo, le dijo:

—Devuelve esas cosas al encantador. Ya no las necesitaré más. Pero adviértele también que no se acerque a este reino, porque le pesará.

Efectivamente, dió los tres objetos encantados al enano, pero éste se guardó muy bien de devolverlos al encantador. Quedóselos para su propio uso y se fué a vivir a la luna, en donde, según creo, aun continúa.

LEAL Y LA CAJA DE GALLETAS

Leal era un perrito blanco con manchas pardas. Pertenecía a Tomasín y a Julia, y quería mucho a sus amigos. Siempre escuchaba interesado lo que ellos se decían.

—Mañana es el santo del Nene. ¿Qué le compraremos, Tomasín?—preguntó Julia.

—Vamos a ver lo que tenemos en la alcancía—contestó el niño.

Pero resultó que solamente encontraron en ella treinta centavos.

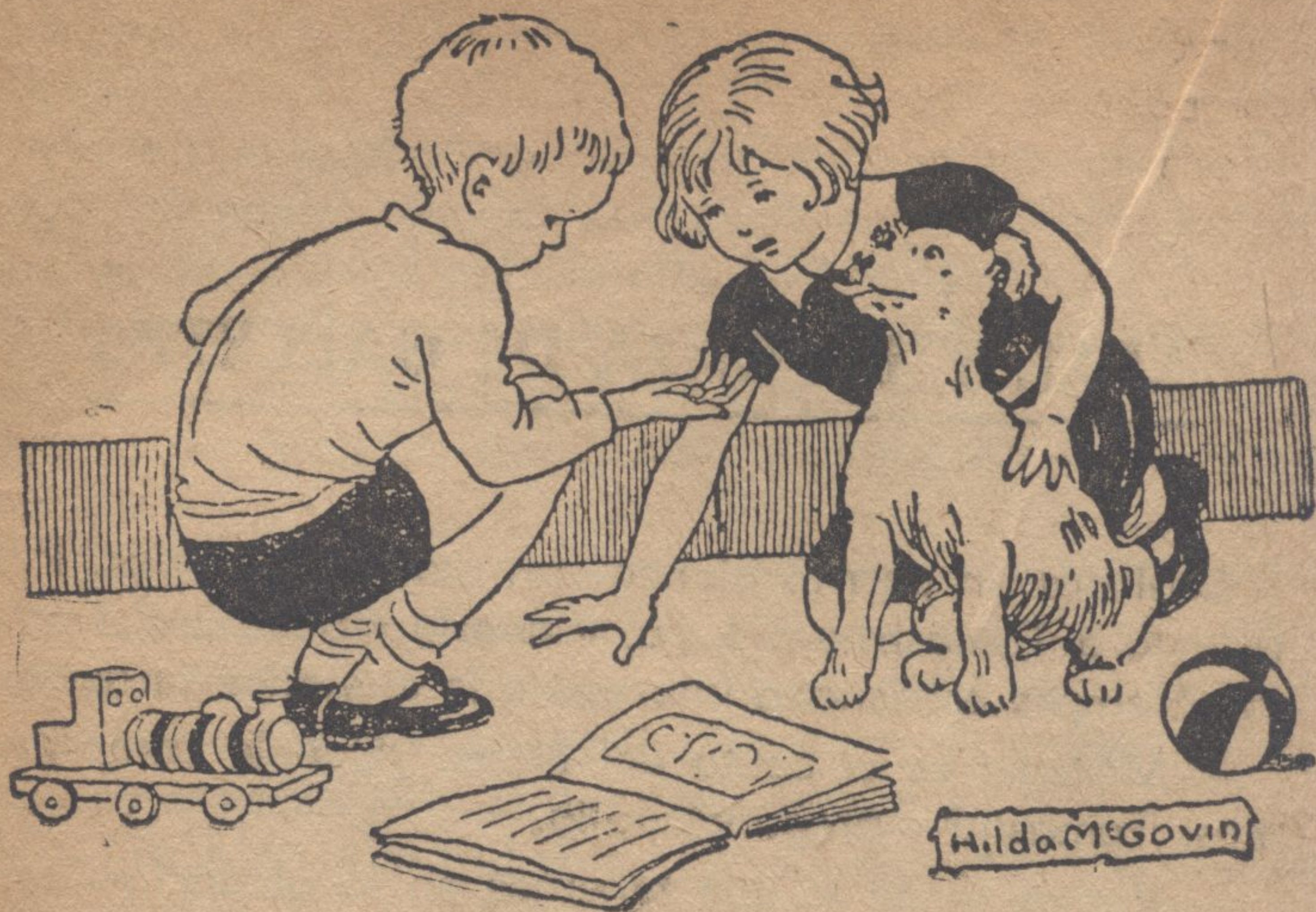
—¡Qué poco dinero!—exclamó Tomasín, sorprendido.
—¿Cómo es posible, Julia?

—¿No te acuerdas de que la semana pasada sacamos un peso para comprar flores, destinadas a la pobre anciana enferma? Claro está—añadió la niña—que con treinta centavos no vamos a poder comprarle uno de los conejitos que hay en la tienda de juguetes y que tanto le gustan.

—¿Contáis vuestro dinero?—preguntó mamá, sonriendo, al entrar en la estancia.—¿Cuánto habéis reunido para el santo del Nene?

—Treinta centavos, mamá—contestó Julia.—Y esto no sirve para nada.

—A ver si sabéis encontrar los cubiertos de plata del



—NADA MÁS QUE TREINTA CENTAVOS—DIJO
TOMASIN SORPRENDIDO

señor Gil—observó sonriendo su mamá.—Anoche se los robaron y los ladrones debieron de encerrarlos en una caja de galletas, porque encontraron estas últimas sobre una mesa y en cambio desapareció la caja.—Han detenido ya a los ladrones, pero no quieren decir dónde ocultaron los cubiertos. Y quien los encuentre, recibirá una buena recompensa.

—¡Cuánto me gustaría encontrarlos!—exclamó la niña.

Leal prestaba la mayor atención a lo que se decía. Al oír hablar de una caja de galletas, meneó el rabo, porque ya sabía lo que era, y se propuso encontrarla. Lamió la mano de Julia y le tiró de la falda.

—Me parece que Leal quiere buscar esos cubiertos—

observó la niña riéndose.—Vamos a ver si es verdad. Acompáñame, Tomasín.

Toda la mañana los dos niños y el perro buscaron por todas partes, deseosos de hallar algún lugar en que la tierra hubiese sido recientemente removida, pero no obtuvieron resultado alguno. Y a la hora de comer, los dos hermanos estaban muy fatigados.

Desalentados, también, volvieron a su casa, dando por abandonado su empeño. Pero Leal no les acompañó, porque tenía una idea.

En cuanto los niños se perdieron de vista, Leal echó a correr. Buscó por todas partes y al cabo de un rato, en vista de que tampoco tenía éxito, pensó en ir a comer, mas cuando se disponía a hacerlo percibió claramente el olor de galletas.

—¡Caramba! Aquí no es posible que las haya—pensó.—De modo que debe de ser la caja. A ver si la encuentro.

Empezó a buscar con el mayor cuidado y, por fin, llegó a un montón de piedras. Aunque eran muy grandes, empezó a hacer resbalar algunas y, mientras tanto, el olor de galletas era cada vez más acentuado.

De pronto tropezó con algo duro y no tardó en poner al descubierto una caja de hojalata.

Lleno de alegría fué en busca de los dos niños, y tiró de los pantalones de Tomasín y de la falda de Julia, para indicarles la necesidad de que lo acompañaran. Los dos niños comprendieron muy bien sus deseos y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que el perro había encontrado y puesto al descubierto la caja de hojalata que, efectivamente, contenía los cubiertos del señor Gil!

Apresuráronse a llevarlos a su dueño, que tuvo una alegría extraordinaria. Al enterarse de los detalles de lo



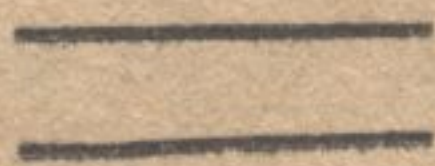
SE QUEDARON MUY ASOMBRADOS AL VER LA CAJA
DE HOJALATA

sucedido, alabó mucho a los niños y al perro, y luego entregó a los primeros dos billetes de cinco pesos, a guisa de recompensa.

Los niños se quedaron encantados. Ya podían comprar un magnífico regalo para su hermanito y aun sobraría dinero para recompensar a Leal.

Echaron a correr hacia la tienda de juguetes y para el Nene compraron un conejito de trapo, que era una preciosidad, y luego adquirieron un estupendo collar de cascabeles para Leal; además le obsequiaron con una barra de chocolate, para él solo.

Y no hay que decir cuán orgulloso regresó el perrito a su casa.



EL MAGO

Jaime estaba muy disgustado. Aquel día lo invitaron a una fiesta, pero se vió obligado a quedarse en cama con un resfriado. Era una desgracia.

—No te apures, hombre—le dijo su mamá.—Ya irás a otras fiestas.

—Sí. Pero a la de hoy irá un prestidigitador—contestó Jaime.—¡Cuánto me gustaría haberlo visto!

Pero como su mamá se ponía muy triste, el niño fingió conformarse. Y, al parecer, no oyó el ruido que hacían sus compañeros al llegar a la casa inmediata, donde se daba la fiesta.

Mamá le sirvió la merienda y luego él se tendió y cerró los ojos. De pronto oyó una llamada a la puerta y él, figurándose que sería la criada, le dió permiso para entrar.

Pero no era Juana, sino un hombre de aspecto raro, que llevaba un gorro puntiagudo. Cubríase los hombros con una capa y en ella vió Jaime muchas estrellas y medias lunas.

—Buenas tardes—dijo el recién llegado al niño.—Me he enterado de que estás indispuesto y he venido a verte. ¿Te aburres mucho?

—Realmente es muy aburrido estar en cama, resfriado,



EL MAGO SACUDIÓ EL PAÑUELO Y DE ÉL SALIERON, SUCESIVAMENTE, TRES CONEJITOS

cuando en la casa vecina se da una fiesta—contestó Jaime.—Además, irá allí un prestidigitador.

—¿Y te gusta eso?—preguntó aquel individuo.

—¡Ya lo creo!—contestó el niño.—El año pasado vi a otro que hizo salir unos peces dorados de un pañuelo de seda, y luego empezaron a nadar en una pecera llena de agua. Y, lo más notable, es que en aquel pañuelo no había nada, porque yo mismo se lo presté.

—Eso no vale nada—contestó aquel individuo.—Yo soy capaz de sacar peces de colores del bolsillo de tu pijama y hacerlos nadar luego en esa taza.

—No lo creo—contestó Jaime.

—Pues mira—exclamó aquel hombre.

Llevó la mano al bolsillo de Jaime, sacó de éste tres pececitos y los metió en la taza llena de agua, en donde empezaron a nadar. Luego saltaron al aire y se desvanecieron.

—¡Caramba!—exclamó Jaime asombrado.—¿Cómo ha hecho usted eso?

—Todavía sé hacer otras cosas más notables—contestó aquel individuo.

—Entonces usted debe de ser un brujo.

—Quizá. Dame el pañuelo, ¿quieres? No hay nada en él, ¿verdad?—dijo aquel hombre después de haberlo tomado.—Convéncete.

Jaime tocó el pañuelo y vió que no contenía nada. Entonces el mago lo tomó, lo agitó riéndose y de él salieron, sucesivamente, tres conejitos blancos.

—¡Dios mío! —exclamó Jaime, asombrado.—Mire cómo corren por el suelo.

En efecto, los conejos iban de un lado a otro, pero, de pronto, desaparecieron por el tubo de la chimenea.

—Ya no están—observó el brujo.—Ahora haré otra cosa. Abre la boca, Jaime.

El niño obedeció y, con gran sorpresa por su parte, el mago empezó a sacarle tiras de papel de colores, y ello en tanta cantidad, que, al fin, quedó la cama cubierta. Al fin Jaime cerró la boca y, asombradísimo, contempló aquel montón de papel.

—Ignoraba que tuviese todo eso en la boca. Haga usted otra cosa, señor Mago.

—Ahora haré bailar a la pala y a las tenazas de la chimenea.

Agitó las manos y en el acto les nacieron a la pala y a las tenazas unas piernas y brazos, al parecer de hierro, y, agarrándose una a otra, empezaron a bailar,

de modo que Jaime se echó a reír hasta saltársele las lágrimas.

—Haga usted otra cosa—rogó.

Entonces el mago hizo algo muy raro. Tomó el cubo del carbón y lo vació sobre la cama.

—¡Oh, no haga usted eso!—exclamó Jaime.—Mamá se disgustará.

—No hay cuidado—contestó el mago.—¿Te figuras que era carbón? Pues no lo es.

Y Jaime, con grande asombro, vió que todos los pedazos de carbón se habían convertido en juguetes. Allí había una estupenda locomotora de cuerda, un barco de vela, un libro de cuentos, una caja de soldados y un aeroplano.

—¡Qué bonito!—exclamó Jaime palmoteando.

El mago agitó de nuevo las manos. La locomotora saltó al suelo y echó a correr, el barco se echó a la bañera, que estaba llena de agua, y empezó a navegar. Los soldados salieron de la caja y, correctamente formados, empezaron a marchar por encima de la cama. El aeroplano volaba por la estancia y el libro empezó a referir historias en voz alta.

—Es usted un hombre maravilloso—exclamó Jaime.—¿Quién es usted, y de dónde viene?

—Voy a decírtelo—contestó el mago, sentándose al lado de la cama.—Me llamo...

Pero en aquel momento alguien llamó a la puerta de Jaime. El mago salió de un salto por la ventana y se desvaneció. Los juguetes se arrojaron al cubo del carbón y desaparecieron, y también el papel de colores, que estaba encima de la cama, se contrajo rápidamente y se evaporó.

Entonces se abrió la puerta para dar paso a su mamá y al médico.

—¿Cómo te encuentras?—le preguntó éste.

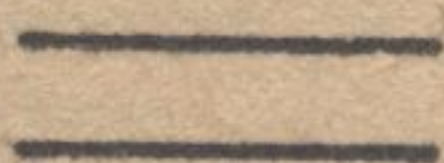
—Tiene mejor aspecto—dijo su mamá.—Caramba, Jaime, pareces muy excitado. Podría creerse que has visto al prestidigitador.

—¡Claro que sí!—contestó el niño.

Luego contó a su mamá y al médico todo lo que le hizo ver el mago, pero no le creyeron. Entonces Jaime vió, de pronto, uno de los conejitos, que salía de la chimenea y saltó a la cama.

—Supongo que ahora me creerás—dijo.—Este es uno de los conejitos que hizo salir de mi pañuelo.

Jaime aun conserva aquel conejito. ¡Lástima que hubiese desaparecido todo lo demás!



UNAS TIJERAS EXTRAORDINARIAS

El jardín de Susín estaba muy descuidado. Era preciso cortar la hierba, igualar el seto y quitar las malas hierbas, que casi impedían ver las flores. Susín había estado de vacaciones y, al volver a su casa, se disgustó mucho, viendo el estado de su jardín.

—No me gustaría—pensó—pasarme la semana cortando la hierba e igualando el seto. Mejor será que vaya a casa de Polón, el gnomo, y le compre un par de tijeras mágicas. Ellas se encargarán del trabajo y, mientras tanto, yo podré dedicarme a leer el periódico.

En efecto, se encaminó a casa de Polón, quien tenía un establecimiento muy curioso, pues en él se vendía de todo. Polón era muy listo y sabía poner un encantamiento en cualquier cosa, si se lo pagaban.

—Desearía un par de tijeras encantadas—dijo Susín al entrar en la tienda.

—Aquí tiene usted un par—contestó Polón, poniendo sobre el mostrador unas hermosas tijeras.

—¿Cuánto valen?—preguntó Susín.

—Cinco pesetas—contestó el gnomo.

—Son carísimas—exclamó Susín.

—No son caras y usted lo sabe—contestó Polón, indignado.—En el pueblo inmediato esas mismas tijeras le costarían doce pesetas.

Susín sabía que eso era cierto. Las tijeras eran muy buenas y, además, poseían un encantamiento. Pero como él era muy avaro, deseaba pagar lo menos posible.

—Le doy tres—dijo, sacando la billetera.

—De ninguna manera—contestó Polón.—Me cuestan más.

—No lo creo—replicó Susín.

Polón miró al avaro con el mayor enojo.

—Bueno—dijo al fin, sonriendo.—Lléveselas por tres pesetas.

Susín, muy satisfecho de haber logrado lo que deseaba, pagó, tomó las tijeras y se las llevó. Una vez en su casa, las dejó sobre la hierba y dijo:

—Cumplid con vuestro deber, tijeras.

En el acto las tijeras empezaron a cortar la hierba con gran rapidez y perfección. Susín contempló unos instantes su trabajo y se dijo, muy satisfecho, que no tenía necesidad de vigilarlas, sino que podría entregarse a la lectura del periódico.

En cuanto las tijeras hubieron terminado de cortar el césped, se dirigieron al seto y empezaron a igualarlo. Susín, muy contento, pudo observar su buen trabajo.

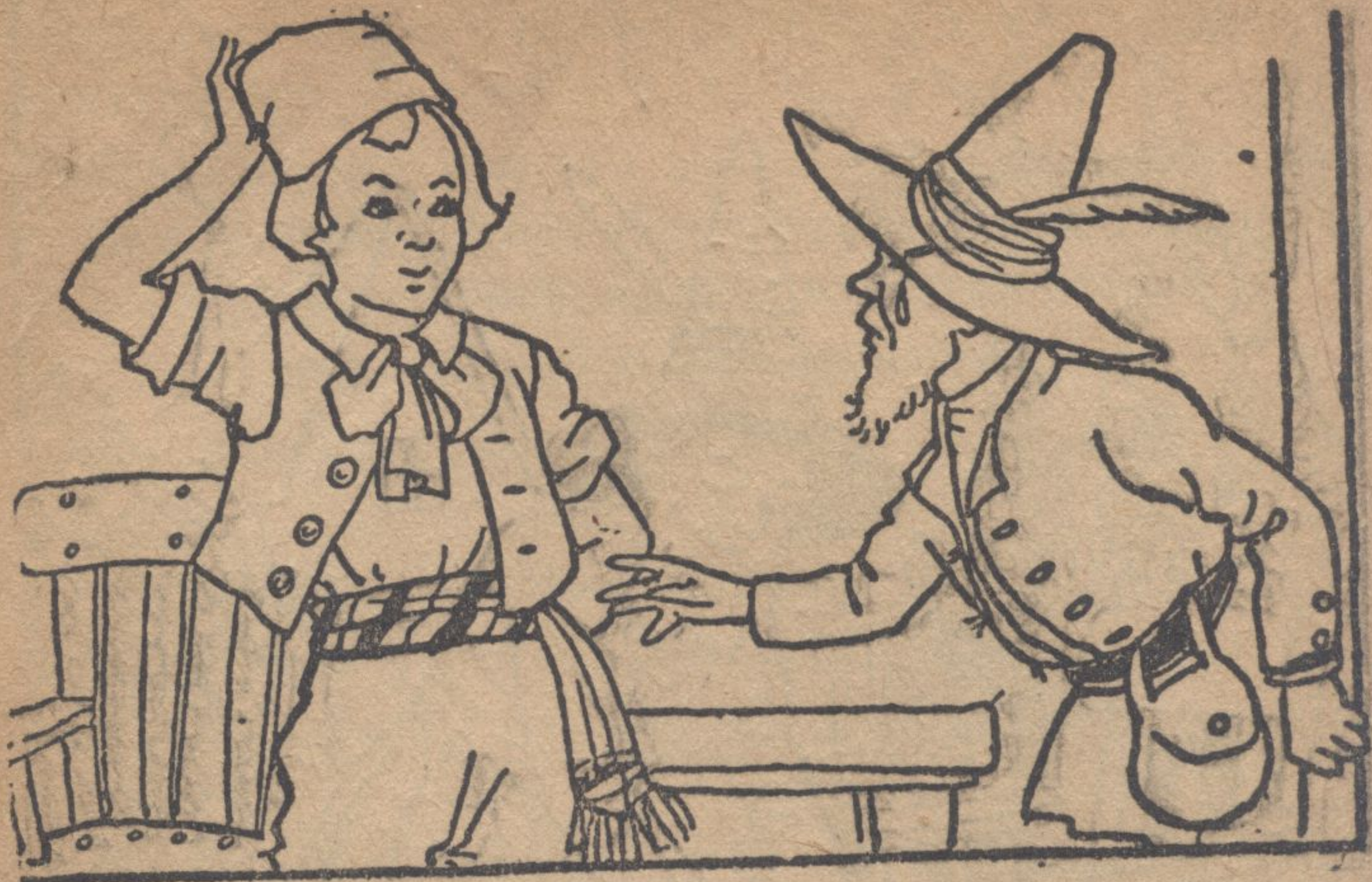
—Acabaré de leer ese artículo—pensó—y luego las pondré a trabajar entre las hierbas malas.

Se sentó a leer, pero como su sillón era muy cómodo y el calor del sol en extremo agradable, no tardó en quedarse dormido.

Mientras tanto las tijeras seguían cortando. En cuan-



SUSÍN DEJÓ LAS TIJERAS EN EL SUELO PARA QUE
EMPEZASEN A TRABAJAR



—¿QUÉ LE PASA A USTED, SUSÍN?—PREGUNTÓ
POLÓN

to acabaron su tarea en el seto, buscaron otra cosa que cortar. Luego se dirigieron a los hierbajos y en cuanto ya no quedó ni uno, se volvieron a los rosales y los dejaron sin flores ni ramas laterales.

Por fin cortaron la cuerda de tender la ropa y ésta se cayó al suelo. Las tijeras, entonces, redujeron las prendas a pedacitos muy pequeños y buscaron una nueva ocupación. Como ya no había nada más, se dirigieron a la barba de Susín, que le llegaba a las rodillas y, en un santiamén, lo dejaron pelado.

Por último, Susín despertó y al ver los estropicios que habían hecho las tijeras, exclamó asustado y colérico:

—¡Basta! ¡Basta! ¿Qué habéis hecho? ¡Dios mío!

¡Cómo lo habéis destrozado todo! ¡Estoy arruinado! ¡Deteneos!

Pero las tijeras seguían cortando. Arrojáronse hacia Susín y le cortaron las puntas de los zapatos. Luego le quitaron los botones de la chaqueta y le cortaron la punta del sombrero. Susín, dando un grito de terror, salió corriendo de su casa y se dirigió a la tienda de Polón.

—¡Caramba! ¡Susín! ¿Qué le pasa?—preguntó el tendero.

—¡Esas tijeras malditas!—contestó Susín casi llorando.—No hay duda de que saben trabajar, pero no es posible detenerlas. Hágame el favor, Polón. Que no corten nada más. Mire cómo me han puesto.

Polón se echó a reír hasta derramar lágrimas y luego dijo:

—Si quiere usted otro encantamiento, le costará dos pesetas. Ya recordará que le pedí cinco por ellas y como no me dió más que tres, solamente pude cederle la mitad del encantamiento. Por lo tanto, si me paga dos pesetas más, haré de manera que las tijeras dejen de trabajar.

Susín se apresuró a sacar el monedero, extrajo dos pesetas de él y dándoselos a Polón, dijo:

—Fuí un avaro, pero bien castigado estoy. Ahí tiene usted su dinero.

Polón lo tomó y luego abrió la puerta. En el acto entraron las tijeras y Polón entonó unas palabras mágicas. Unos instantes después las tijeras estaban inmóviles en el mostrador.

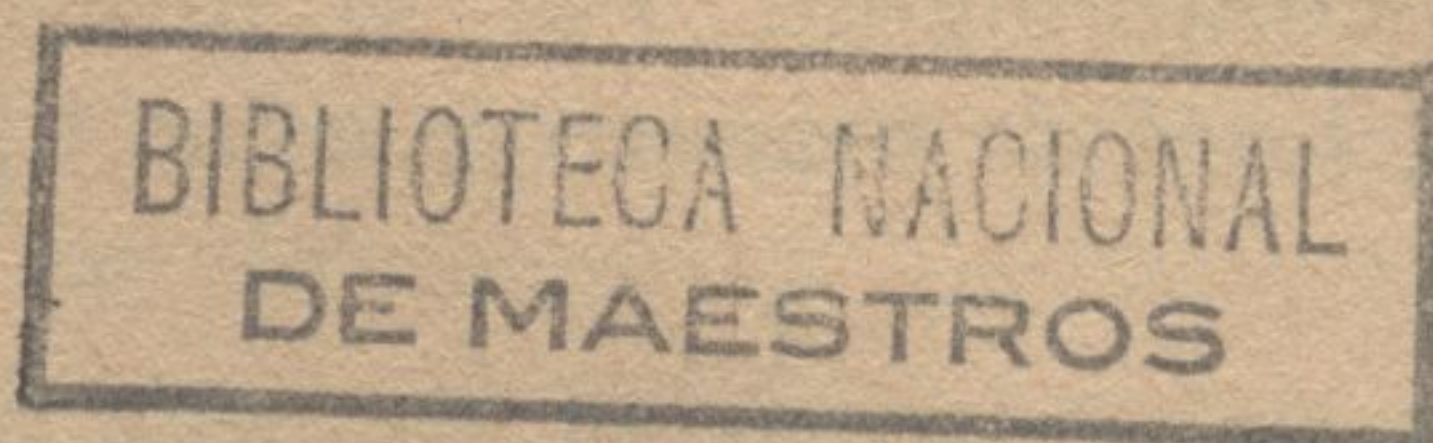
—¡Malvadas!—exclamó Susín, amenazándolas.—Me habéis causado grandes perjuicios y os voy a tirar a la basura.

—No haga eso—le aconsejó Polón—porque el año próximo le serán muy útiles.

—Es posible—contestó Susín dando un suspiro y, poniéndoselas bajo el brazo.—Bueno, me vuelvo a mi casa, para arreglar lo que pueda. Adiós, Polón; nunca más será avaro, porque no es negocio.

Y en eso tenía muchísima razón.

F I N



Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura; e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

**En preparación:
CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN
CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**



**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**



URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES